

LUIS JUNCO, *Cartas americanas de Prudencio Armengol*, Ediciones de la Discreta, Madrid, 1999.

PABLO CÉSAR MOYA

En su reciente y nueva novela Luis Junco ha elegido como escenario una ciudad canaria en los años cincuenta. Son tiempos difíciles: los carnavales están prohibidos -primer signo sobre el que se configura el relato- y América -segundo signo- se vislumbra desde el mar isleño como espacio soñado de vida libre. Pese al título, no es un relato epistolar ni la biografía novelada de un personaje. Se trata de la historia de un grupo de amigos, contada retrospectivamente por uno de sus componentes, y del desvelamiento de un "caso" singular: la desaparición de Prudencio Armengol.

Se ha escrito bastante sobre los años de la dictadura y se ha hablado hasta la saciedad del desencanto posterior. Pero por mucho que tendamos a ignorarlo, todo ello no es más que la específica versión hispánica de una realidad más amplia, la que conocemos con el impreciso término de *postmodernidad* y cuyos primeros síntomas se despliegan en toda Europa aproximadamente desde finales de los años sesenta. Son cuestiones más o menos conocidas, y hoy resulta fácil reconstruir la causas y consecuencias de un proceso que ha cambiado las convulsiones políticas de la modernidad por la aparente calma de lo práctico y de lo económico. Lo difícil es incardinar toda esa pesada materia ideológica y vital en un relato y en la intimidad concreta de unos personajes, que es lo que realiza con eficaz maestría narrativa Luis Junco en sus *Cartas americanas de Prudencio Armengol*.

Es una novela amena, de corte policiaco en varios momentos, que logra llevarnos desde una intriga anecdótica hasta un concentrado y sorprendente desenlace. En ese desenlace, cuidadosamente elaborado, técnicamente perfecto, hallará el lector las cartas mencionadas en el título de la obra y se chocará de frente con el sentido del mundo recreado en torno al extraño caso de la desaparición de Prudencio Armengol. En efecto, lo que se había iniciado en el ambiente transgresor, casi mero juego, de unos carnavales, acaba estallando en la enrarecida y opresiva atmósfera política de la época. Entonces -estamos en el capítulo último-, esas cartas, densas, controvertidas, en las que el autor vierte sus mejores dotes estilísticas, se convertirán en el cauce de salida de ideas, de creencias, de sentimientos, hasta ahora silenciados, escondidos en cierto modo, y sólo en cierto modo, como aquella "pena" lorquiana, "pena de cauce oculto y madrugada remota".

Pero no hay tragedia en la novela de Luis Junco. Todo lo contrario, campea el humor, la distensión, la ironía y la caricatura, lo que también es signo de nuestro tiempo y un buen antidoto contra la seriedad de la historia, por lo menos hasta que ésta se nos agría y se nos muestra en su más elemental crudeza. Algo así le sucede a los personajes de ese relato, que aún "viven", como nos indica el narrador en sus palabras finales, y "andan por ahí", pero ya sin el lastre de la obsesión política o de la creencia en míticos espacios naturales. Quizás seamos todos nosotros, que un día confiamos en la finalidad de la historia y hoy nos movemos entre el pragmatismo de la vida cotidiana y rancios sueños de utopías maltrechas. En cualquier caso, el referente directo es una ciudad canaria y un período histórico concreto, y, de forma difusa, dos organizaciones juveniles que, cada una a su modo, encarnaron cierta actitud de disidencia frente a la moral y el poder establecidos. Son, por un lado, la autodenominada "Iglesia cubana", cuyo comportamiento lúdico y transgresivo se evoca en los primeros capítulos, y, por otro, un grupo artístico de la época, los llamados *planistas*, que se reunía en el Café Polo y que, tras una importante labor literaria, la autoridad policial, drásticamente, disolvió acusando a sus integrantes de subversión política. Siendo así, este inquietante telón de fondo, reelaborado y trastocado por la ficción narrativa, no tiene que conducir de forma obligada a refugiarse en la nostalgia.

Espero que el lector disfrute con la novela de Luis Junco. A mí casualmente me llegó antes de estar impresa y aún, como se dice en las coplas, no he logrado olvidarla. Se lo agradezco al autor y a esta joven y pujante editorial, que, al publicarla, nos ha devuelto a todos parte de nuestra alegre y penosa historia.